

FLASHBACKS

Luis Norberto Palos Márquez

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6º semestre

Las luces se apagaron.

Una chica bajó el brillo de su celular tras darle “me gusta” a una publicación. Mi nariz intentó captar el olor de una fragancia inexistente, pero sólo encontré el apestoso tufo a nachos, palomitas, dulces y refresco. Miraba la pantalla casi sin parpadear; era una mirada fija y al mismo tiempo perdida.

Como cada sábado por la noche estabas sentado a mi lado. Sentía, debajo de mi camisa, las caricias de tus manos callosas arañando contra mis pezones, y tus dedos rasposos descendiendo por todo mi cuerpo durante los comerciales. De vez en cuando rozábamos nuestros labios; nos sentábamos en una esquina de la última hilera, resguardados en la oscuridad de la sala sin que nadie, salvo quizá alguna mirada perdida, nos viera.

Despegué la vista de la pantalla cuando una pareja se sentó dos filas delante de mí; la gente platicaba, hasta que comenzó la película y volví mi atención a ella. Te tomabas el rostro con la mano derecha, cualquiera diría que la película te estaba encantando porque apenas parpadeabas y despegabas la vista de la pantalla, pero percibía los movimientos de tus piernas; estabas estresado. Ésa era la señal de que podía intervenir; llevaba mi mano dentro de tus pantalones y te acariciaba, y así comenzaba un jaloneo que teníamos que terminar cada vez que alguien nos volteaba a ver, nos separábamos y hacíamos como si no hubiera pasado nada, pero después de un rato me tocabas nuevamente por debajo de la ropa.

Risas en la sala. La pareja que estaba delante de mí comenzó a besarse, ella le decía algo en el oído a su novio. Si la película te gustaba

te quedabas todo quieto, la boca casi sin expresión, salvo por la comisura ligeramente curvada hacia arriba, divertida. Al principio disfrutaba ir al cine contigo, esperando a que la función terminara para desvestirte, después me gustó ir al cine a observarte en la semioscuridad de la sala sin que te dieras cuenta, con tu mirada absorta en la pantalla, tus ojos tristes de estrella de cine mudo y tu rostro en la oscuridad, casi como en una película en blanco y negro.

Cuando algo especialmente te gustaba, me raspabas suavemente la cara con tu barba incipiente, acercabas tu rostro al mío buscando pegar tus labios a mi oreja y me susurrabas lo que pensabas. Sólo eran sábados por la noche con cine y sexo, me lo repetía una y otra vez. Las luces se encendieron y la gente salió. Durante los créditos comenzaba a temblar porque pensaba en llegar a tu casa y escucharte mandar a la mierda la película cuando no te gustaba, o hablarme de cada detalle y escena cuando te cautivaba, todo mientras te quitaba la ropa y te hacía el amor. Tú pensabas que no te escuchaba, que me valía un pito lo que pensabas y que sólo quería cogerte, pero aun así, excitado, hablabas y hablabas. Después, cuando te quedabas dormido, me recreaba durante toda la noche entre tus sábanas pensando en cada palabra articulada por tu boca.

—Hey, pinche Raimundo, ¿te gustó mucho la película, eh? Todas las noches vienes a verla—, se acercó a mí un compañero de la escuela que trabajaba en el cine.

—Está suave.

Apenas recordaba de qué trataba.

—¿Y dónde está el Sergio?

Se rio.

Salí, solo.

—Creo que me gustas —te había dicho mientras me besabas el lóbulo de la oreja—. Tu perfume volvía loco mi olfato y quería consumir todo tu aroma. La gente comenzaba a salir de la sala.

Te detuviste.

—Déjate de mamadas.

—Me gustas.

—Ya sabes las reglas. Quedamos que me acompañarías al cine a fajar en la oscuridad, después un poco de sexo, pero nada más. Aquí no hay espacio para pendejadas.

A la semana siguiente te esperé después del trabajo y no pasaste.